

PRT REENCUENTRO CON MARIO ROBERTO SANTUCHO

"La gracia es cansarse y seguir luchando"

Felipe

REENCUENTRO CON MARIO ROBERTO SANTUCHO

A Mario Roberto Santucho le decían "Roby", sobrenombre que no es de mi gusto porque me suena una contracción artificial con deje anglosajón, igual que Gaby por Gabriela o Willy por Guillermo. No es cosa de nacionalismo idiota sino de sensibilidad musical. Las lenguas son en primer lugar sonido y cada una tiene su cadencia.

Intente Ud. pronunciar correctamente en inglés "Walter" junto con García y después me cuenta. .En todo caso en la militancia de los primeros años le decíamos "Cabeza Chata", o simplemente "el cabeza", no por referencia a sus ideas sino por la forma peculiar de su cráneo. En fin. por fuerza de los hechos, me resigno a llamarle Roby

Luis Segovia, el dirigente de los metalúrgicos de Villa Constitución, dijo de él en 1975 : "Este hombre que reúne en su persona la intelectualidad de Lenin, la humildad de Ho Chi Min y la garra del Che"

Por su parte Domingo Mena, quien por lo común veía en mayor profundidad que la media, comentó ácidamente: ¿Y la garra de Lenin? Elocuente ironía que sintetizaba un gran malentendido de la época: si las garras se expresan solo con testículos cargados de pólvora. Y para ser precisos, si bien es cierto que el Roby poseía una aguda inteligencia y una notable sencillez, no eran ni la intelectualidad ni la humildad lo que lo diferenciaba de los demás.

Porque lo que no caben dudas es que Roby era diferente a todos nosotros. Cuando digo "nosotros" me refiero a un par de docenas de dirigentes de máxima responsabilidad de las organizaciones armadas. Entonces usó de la palabra Miguel quien prácticamente no había abierto la boca. Escuché la voz norteña, pausada, arrastrando alguna erre, de un enmascarado que se ayudaba con la mano con la palma hacia arriba juntando el pulgar con los demás dedos en ademán de confianza en vez de levantar el índice amenazador. Defendió paso a paso el documento con un discurso, pedagógico, convincente y, como dirigiéndose a mi propuesta, concluyó: "La lucha de clases urge y no podemos atarnos a formalismos cuando la verdad llega por caminos imprevistos". La forma de su exposición me impresionó. Pero con los años comprendí que no era la forma, sino el contenido, no en el sentido objetivo de la racionalidad de las propuestas, sino la subjetividad de alguien que convencía porque estaba convencido. Era - como supe después - Mario Roberto Santucho.

El próximo encuentro se produjo a los pocos días ya en el V congreso y, por supuesto sin máscaras. Tenía treinta años, de cuerpo no grande pero fornido derrochando vitalidad; moreno, de cabello renegrido con un mechón rebelde que le caía sobre la frente, nariz de San Martín, ojos pequeños, oscuros y penetrantes, no obstante a veces relampagueantes a veces huidizos.

Nunca pude determinar si era una manifestación de timidez o una inconsciente toma de distancia con el interlocutor. Quizás ambas cosas. Porque la timidez se eclipsaba con su envidiable seguridad expresada en todos los casos con extrema sencillez.

Imposible saber cuanto amplio sería su espíritu debido a que dirigía sin distracción toda sus energías solo a aquello que él consideraba útil a la revolución y quizás más que a la revolución, a su instrumento: el partido. . Hay que recalcar esto, la dificultad no pasaba por la concentración a la revolución, porque eso fue el rasgo guevarista de la época, mi dificultad consistía en que yo creía ver en otros compañeros mayor sensibilidad para extender en calidad y cantidad las cosas "útiles a la revolución" y este vacío no facilitaba una relación que transformara la franca camaradería - como la que disfrutábamos - en amistad. Desde luego, no puedo juzgar cuanto de estrechez tendría y tiene mi pretendida amplitud. Pero en todo caso lo sentía así y mi enigma era comprender en qué consistía la ascendencia del Roby sobre nosotros. Porque esa superioridad yo la sentía más con el cuerpo que con la cabeza y esto dicho en sentido lato y puesto a prueba.

En efecto, lo ocurrido durante la realización del Comité Central en Moreno en el año 1976, - hecho que se relata en otras páginas - es ilustrativo. Cuando se dió la orden de retirada yo salí junto a Roby como estaba planificado, precedidos de un combatiente con FAL que abría camino. Empezamos a correr, dejando el hombre del FAL que nos cubría, en medio del tiroteo y mi único sentimiento era que Santucho pudiera retirarse ileso. Por eso me adelanté para destrabar la tranquera y me detuve a esperar que pasara consciente que podían empezar a disparar desde ese lado. Literalmente puse mi cuerpo

delante del suyo. Cuando he comprobado que subía al Torino expropiado junto con Carrizo al volante y protegido por el FAL sentí que habíamos ganado la mitad de la batalla. Sólo a partir de allí me concentré en ponerme a salvo. Y desde luego tengo edad suficiente como para no contar esto como una pretendida hazaña personal, hago énfasis en un acto del cuerpo. Jamás mi mente racional y antiidólatra, hubiera propiciado la consigna "la vida por Santucho".

Volvamos al Congreso. Después de arrojar , en un acto de salud intelectual, el "mamotreto de Mariano" al Río Paraná, se iniciaron las deliberaciones bajo la presidencia de Luis Pujal y Enrique Gorriarán. Allí el contraste entre Santucho y buena parte de los oradores fue mayor. Rafael, nombre de guerra del célebre José Baxter, exponía en lenguaje florido aderezado con gestos dramáticos, como si hubiera sido el General Giap después de Dien Bien Phu, El gringo Menna atronaba con su vozarrón que compensaba su corta estatura con un discurso convincente y sustancioso. Daba gusto escucharlo. . El indio Bonnet parecía el rubio Menelao declarando la guerra a Aquiles, también con una notable claridad de exposición y Luis Ortolani gastaba una energía arrolladora y gran precisión conceptual en sus argumentaciones. El negro Mauro (Carlos Germán de Córdoba) en cambio, arengaba a gusto mirando como de "de rabo de ojo a un costado" con ese porte tanguero del barrio de San Vicente, citando al "camarada Mao", rebatido a la vasca por Benito Urteaga. Por supuesto yo puse mi parte en mi estilo que otros juzgarán, centrandome en cuestiones de ética revolucionaria, hasta que de pronto el Cuervo, envidiable asador, tocó zafarrancho de almuerzo en una parrilla de bogas, bagres y hasta un pequeño dorado, bautizada con vino de la costa, solo un poco mejor que el actual tetrabrik. Todo un símbolo de la austeridad del PRT, el congreso se estaba financiando con un asalto a un tren en el que se habían obtenido varios millones de pesos y se almorzaba bagres o asados de tira más cerca de la falda que del lomo y con vino común. La voracidad de los congresales era propia de una treintena de jóvenes pletóricos de entusiasmo con el estímulo del aire de la Islas Lechiguanas, pero aún así el apetito del futuro comandante era difícil de empardar.

Reanudada la sesión tomó la palabra Santucho. Al principio su rostro era Buda. Su dicción muy clara , aunque sin la fluidez y los recursos de la retórica de los otros oradores. Arrastraba para destacar las palabras que hacían énfasis en las ideas y uno sentía como "entraba en la voluntad de los demás como el cuchillo en la manteca", si se me permite parafrasear a Neruda. Santucho persuadía, convencía. Y no convencía porque era el que más sabía, si de conocimientos adquiridos se tratase, convencía porque era el que más creía. En mi larga vida militante solo conocí alguien que le superaba en esa fascinante capacidad de seducir y persuadir, aunque con un don para la oratoria y una personalidad totalmente opuesta, Fidel Castro.

Sería por demás aburrido e inútil recordar los ejes de las argumentaciones. No era cuestión de razonabilidad. Todos los discursos estaban preñados de racionalidad y arengas y, a su manera, cada uno era válido, porque en el fondo no había una "verdad objetiva" que dilucidar, un camino conocido que seguir, sino discutir una apuesta, inventar, e inventarnos nosotros mismos. Tampoco era resultado de la retórica, pues Santucho comparado con varios de los presentes no era un orador fluído y sonoro. .

Cierto es que el Roby tenía su "barra", los tucumanos, delegación numerosa que, salvo Clarisa Laplacé, parecía hacer del silencio un culto proletario y rumiaba una fuerte desconfianza hacia Baxter y, por otro lado, los rosarinos, heterogéneos y más proclives a la acción que al debate.

Pero la delegación de Córdoba era un tanque ruso que disparaba con toda la munición de la verborragia mediterránea. Buenos Aires no se le quedaba atrás y para ambos grupos, incluido el que esto escribe, Santucho a la sazón todavía no se había convertido en "el comandante". Era uno más pero ya con algo más..

Al poco tiempo del golpe de estado de 1976, en plena orgía del horror de los secuestros y las desapariciones, la represión capturó a su tres hijas preadolescentes junto con su cuñada en una casa del Gran Buenos Aires. En la cabecera de la mesa del Buró Político Santucho presidía la sesión tal vez más difícil de su vida. Estábamos a la espera de Eduardo Merbillá que realizaba una intensa y muy peligrosa investigación sobre el posible paradero de las niñas y la tía y, sobre todo, las intenciones de los militares. .Sabíamos que las posibilidades de la imaginación no podrían superar a la realidad. Todos pensábamos un intento de extorsión y era necesario discutir los pasos a seguir. Ninguno se atrevía a decir lo que pensaba, las posibles variables eran tantas. Repasábamos monótonamente los hechos hasta donde se conocían con palabras medidas por miedo a decir alguna trivialidad. . Con nosotros estaba Edgardo Enriquez, dirigente del MIR de Chile, un hombre de cultivada sensibilidad ética y estética, quien más tarde nos manifestaría francamente impresionado ante el temple de Santucho. "¡Coño! este hombre es la personificación el ERP". Pero posiblemente en Edgardo primaba el relato épico , las narraciones con que los protagonistas de la historia suelen aturdirse para darse coraje en su propia obra: . Las madres criollas ofrendando sus hijos a la patria naciente, Stalin respondiendo a Hitler "No canjeo un soldado por un general" cuando el nazi le ofreció la vida de su hijo prisionero a cambio de un general alemán. El General falangista Moscardó defensor del Alcázar de Toledo rechazando la

extorsión de los asturianos y diciendo a su hijo, al otro lado del hilo telefónico en manos del enemigo. ¡Grita Viva España! La madre del mambise cubano que recibe la noticia que su hijo está prisionero de los gachupines y lo niega. "Si está prisionero no es mi hijo". El informante aclara: " - Pero no chica, es que está herido."

-¡Ah, entonces sí es mi hijo!" Alicientes acumulados, retransmitidos en cánticos de guerra, que funcionan de modo parecido al fragor de la batalla que impiden ver los ojos del soldado enemigo y explican por qué hombres normales puedan dar muerte a otros hombres normales. Sin embargo, qué diferencia leer esas historias en los libros, volcadas a la tela o en el movimiento de la pantalla del cine, con vivir ahí, presente, al Roby padre de tres niñas, que ya habían perdido a su madre en los fusilamientos de Trelew . Ahí estaba el padre enfrentado al Comandante Santucho , en silencio, su mirada detenida en ese intermedio entre la profundidad y la fuga que yo creía captar. Nos miraba a todos sin parecer ver a nadie, Su rostro no decía nada. La tensión extrema entre el padre y el jefe y quizás como nunca uno percibía su estatura de Jefe, eso que lo hacía diferente. Y uno intentaba meterse en él, ayudarlo, pero era inescrutable. Solo los cambios en los tonos del moreno de su cara ofrecía alguna señal de lo que pasaba dentro de su alma. ¿Tonos?. No precisamente, tal vez más que el color fuera la tesitura de la piel.

Emanaba ese imponderable del mármol esculpido por Rodín, como si la piel no pudiera ya contener más la energía del cuerpo y una inconmesurable tristeza no encontraba siquiera el consuelo de la catarata de lágrimas. .

. Y yo lo creía percibir en esa especie de punto intermedio entre la profundidad y la fuga de su mirada. Y hoy me doy cuenta, sin haberlo sabido en aquel entonces, que ese era el Santucho por el cual poníamos el cuerpo sin vacilar. Porque no era el todopoderoso sino el que podía actuar a pesar de todo.

Luis Mattini
19 de julio de 2001



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivo-chileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

